

LOS NUEEVOS

HE oído decir a alguien que la novela titulada «Los nuevos curas» es el último intento inteligente del «integrismo» religioso. No sé si tiene razón o no quien eso dice, pero el hecho es que ha resultado un formidable y desgraciado instrumento de lucha entre los católicos. Una obra que quizá quiso evitar ciertos peligros, reales o figurados, que su autor creía ver en la práctica pastoral de las nuevas generaciones clericales, ha servido para sembrar la discordia entre los fieles católicos.

Michel de Saint-Pierre ha conseguido airear definitivamente, y a los ojos de todo el mundo, el tema del integrismo y el progresismo. Sin embargo, hay demasiadas personas que utilizan con este motivo, en sus escritos o conversaciones, ambos nombres sin saber exactamente lo que significan.

Hay quienes tachan de progresistas a todo el que no comulga con sus ideas excesivamente conservadoras; y, por otro lado, se lanza la acusación de integrista contra cualquiera a quien no le gusta tanta variación y cambio, que a veces se hace sin medida ni discernimiento.

En general, se olvida que ambos términos tienen un significado preciso, y que no es nada conveniente extenderlo indiscriminadamente; porque eso da lugar a lamentables malentendidos, a polémicas irritadas y a acusaciones desmedidas, que son siempre sumamente dolorosas.

CUANDO se habla de integrismo religioso nunca se debe uno referir a determinada idea política discutible, pero perfectamente legítima en un católico. Estos serán integristas en el campo de lo civil; pero no es éste el plano de actuación de la Iglesia, porque ella siempre «rehúsa comprometerse en las soluciones técnicas que tocan a la organización civil de las cosas de este mundo» (monseñor Guerry).

Quienes querrían ver a la Iglesia condenando a derecha e izquierda a los hombres que construyen este mundo, siguiendo legítimamente una u otra tendencia, se engañan lamentablemente: «La Iglesia no tiene como misión proponer ni tampoco imponer a los hombres estructuras políticas, económicas y sociales» (monseñor Guerry). Lo que hace es combatir todo defecto moral, esté donde esté: la Iglesia solamente «denuncia lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social» (Pío XII).

Y sin embargo, siempre será cierto que, como señalaron León XIII y Pío XII: «El crecimiento normal y el refuerzo de la vida religiosa, suponen una medida determinada de sanas condiciones económicas y sociales» (discurso a la A. C. italiana, 3-V-1951). Esto no es «progresismo», sino progreso social y moral perfectamente legítimos.

La Iglesia «no evangeliza civilizando, sino que civiliza evangelizando» (Pío XI); pero también es cierto que las implicaciones mutuas entre lo material y lo moral son reales, y que ambos se influyen el uno al otro. Por eso el catolicismo ha reivindicado «que no se puede separar reforma social, y vida religiosa y moral de los individuos y de la sociedad, porque no se puede... romper el hombre en dos, ya que es un todo completo viviente» (Pío XII a las A. C. L. I., 14-V-1953). La predicación de la justicia social y del Evangelio deben ser simultáneas.

No caemos por eso los católicos, como cayó el liberalismo decimonónico u otras doctrinas actuales, en el materialismo, porque «basar la seguridad y la estabilidad de la vida humana sobre un crecimiento puramente cuantitativo de los bienes materiales, es olvidar que el hombre es antes que nada un espíritu» (Pío XII); pero servirse de esta verdad para defender un inhumano «angelismo», que se evade de la grave responsabilidad ante la injusticia social que reina muchas veces en este mundo, es puro fariseísmo. Un mínimo vital es moralmente necesario para poder exigir la virtud al término medio de los hombres, que son sólo seres humanos limitados y no héroes. Santo Tomás en el siglo XIII así lo dijo. Querer acallar el hambre injustamente padecido, sólo con palabras sacadas de la Biblia, es una hipocresía en un católico responsable.

Eso no es «progresismo»; progresismo es lo que defendía la revista *La Quinzaine* en Francia hace más de diez años; y lo que propugnó el padre Montuclard, O. P. (hoy reducido al estado seglar). Para ellos un cristiano antes de predicar el Evangelio debía propugnar la reforma completa de la sociedad actual, e incluso debía dejar paso al advenimiento del comunismo, porque era ley necesaria de la historia. Eso es «progresismo», el progresismo condenado por la Iglesia, pero nunca lo fue predicar al mismo tiempo la justicia humana y la verdad religiosa, porque las obras deben ser expresión de la sinceridad de nuestra fe integral.

De ahí que la novela «Los nuevos curas» sea culpable, en sentir de muchos, de una lamentable confusión, presentando una figura irreal de sacerdote avanzado y moderno, como si eso llevara casi necesariamente a la vertiente marxista.

UN cardenal italiano, nada sospechoso de «progresismo», dice, por otro lado, que el integrismo religioso «significa rigidez, fanatismo en el razonamiento, exageración» (cardenal Siri). Por eso precisa que esta postura «es algo condenable». Los extremos progresismo e integrismo se tocan en su extremosidad condenable: el uno en su rigidez, y el otro en su delincuencia ante los enemigos de Cristo.

Como decía también el cardenal Lefebvre, un hombre tachado, sin embargo, de ideas conservadoras: «El integrismo debe rechazarse decididamente, porque es incapaz de distinguir... lo que doctrinalmente es definitivamente fijo, de lo que es susceptible de progreso». Quienes piensan en integrista son los que «piensan parar todo progreso, y se complacen en condenaciones simplistas..., haciendo generalizaciones precipitadas». Esto nos hace ver también que todo el que quiere evitar la anarquía en la Iglesia, no es por lo mismo integrista, en el sentido malo de la palabra.

Estos términos nunca debían ser empleados para condenar a otros católicos que piensan de distinta manera que nosotros, siempre que la Jerarquía no los excluya de la comunidad cristiana. Por eso ningún consejo mejor que el que daba, en la misma pastoral que cito más arriba, el arzobispo de Génova: «No despreciéis a nadie, pero despreciad esas palabras y seguid adelante tranquilamente». El desprecio personal es poco cristiano, mejor dicho, es radicalmente anticristiano; el desprecio, en cambio, a los epítetos injustos es correcto, vengan de quien vinieren.

EL libro «Los nuevos curas» presenta un tipo de sacerdote, el abbé Delance, propuesto como modelo de curas para el siglo XX. Un sacerdote integro, en el mejor sentido de la palabra, pero algunas veces cayendo en el error «integrista».

El autor presenta, como contrafigura, la del primer coadjutor, Barré, «un hombre duro, celoso, que intentaba difundir los métodos más nuevos de la pastoral moderna», en medio de un suburbio parisino. Amante de la pobreza y de la castidad, pero que se muestra poco propicio a aceptar la obediencia. Un hombre que desconcierta a los fieles; que derroca todo lo que encuentra delante de él, sin atención alguna a los legítimos deseos de sus feligreses; un filomarxista más o menos declarado. Un clérigo «caricaturizado» e irreal, que no representa ni mucho menos lo que tan meritoriamente hacen los sacerdotes en los suburbios de París. Así lo ha asegurado el arzobispo-coadjutor de aquella archidiócesis al estigmatizar, en nombre del cardenal Feltin, «un libro que, utilizando la ficción novelesca, contiene críticas gravemente injustas contra los sacerdotes de nuestras parroquias de suburbios, y deja caer sobre su acción apostólica sospechas que son inaceptables».

El cuadro principal de figuras se completa en la novela con el personaje seglar, representado por Jorge Gallart, modelo de católicos, según parece deducirse de la lectura, pero que mezcla confusamente un exagerado celo doctrinal con unas costumbres inmorales de las que noblemente quiere librarse. Figura, a pesar de todo, recia y simpática de seglar valiente, sin moderación ni para el bien ni para el mal.

Su amante, Sofía, termina el cuadro esencial del reparto. Los demás personajes me parece que tienen una importancia secundaria.

El abbé Paul Delance es presentado siempre como un hombre evangélico, sencillo, sincero, pero sin acritud, de profunda vida interior, y contrario a las reformas que pretende el coadjutor Barré. El abbé Delance sería el sano integrista, y el abbé Barré, el progresista, filomarxista.

CONFIESO sinceramente que hasta la mitad, la novela me interesó mucho. Este sacerdote sencillo, que no quiere atarse a la profusión de reformas anárquicas que algunos propugnan, que prefiere vivir de la sencillez del Evangelio y de la seguridad que da la Iglesia fundada por Cristo, tiene un especial atractivo. Parece, sin embargo, si se analiza más cuidadosamente el personaje, pertenecer más bien que al catolicismo a una secta rigurosa y noble que rehusase todo cambio porque se sintiera en po-

CURAS

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

sesión absoluta de toda verdad, sin matices ni distinciones y negada, por otra parte, a cualquiera que no acepte totalmente su postura. Todos, es cierto, sentimos frecuentemente, en el transcurso la vida, la nostalgia de querer ser guiados ciegamente sin voluntad personal y sin conflictos interiores. Queríamos que la religión eliminase definitivamente, y por modo milagroso, toda inseguridad personal: en una palabra, queríamos ser salvos ahora y no al final de nuestras vidas. Pero esto es una utopía propia de una secta y no del auténtico catolicismo.

EL caso de Gallart, el biólogo que quiere representar la reciedumbre de una sana tradición religiosa, es distinto: salvo su violencia poco cristiana, y su afán excesivamente conservador en lo religioso, tiene una personalidad de auténtico seglar dentro de la Iglesia.

Y esto es porque lo que suele llamarse *integrismo*, aunque no lo sea en sentido estricto, ha tenido frecuentemente la virtud de formar hombres católicos recios, con más personalidad que muchos «avanzados» que están esperando la última palabra del clérigo de moda para saber lo que deben pensar, y que siempre coincidirá con lo más avanzado, según su mentor clerical, y nunca con lo más verdadero, según su propia conciencia, formada inteligentemente en la doctrina oficial de la Iglesia, y no en las teorías particulares de cualquier individuo falible.

SIN embargo, como decía, en la lectura de la segunda mitad de la novela se rompió el encanto. El «*deus ex machina*» empieza a funcionar en su contextura: Sofía resulta ser una víctima demoníaca, propia de un cuento de fantasmas; el *abbé Delance* se manifiesta como un hombre de espiritualidad «místicoide», sensible y morbosa; y el *coadjutor Barré* se convierte en un «duro» de película de buenos y malos.

Lo que podía haber sido legítima discusión entre avanzados y conservadores, se convierte en oposición radical «integrismo-progresismo». La transposición es falsa e ilegítima, porque un católico no puede caer en el integrismo condenado por la Iglesia, ni en el progresismo que también condena. Y nunca puede ser lícito hacer igual el error integrista, tal como lo condena el *cardenal Siri*, a una postura tradicional, legítima y sana, o viceversa, al confundir a progresistas y sanamente avanzados.

Lo que pudo haber sido interesante, y quizá motivo de reflexión, para todos, se convierte en una especie de artificio sin medida.

No puede tomarse ya demasiado en serio lo que parecía al principio que se iba a plantear muy seriamente. Todo termina —según mi opinión— en melodrama de folletín barato.

ES entonces explicable —por todo lo que antecede— que todos los de una y otra tendencia se hayan sentido aludidos en esta novela. Y hayan reaccionado a favor, o en contra, enfocando su contenido con el prisma de sus propias posturas.

Los católicos «avanzados» (y no los progresistas como se les suele llamar con abusiva denominación) han criticado duramente este «reportaje tendencioso» o «panfleto», según la definición que someramente le han aplicado.

Los «conservadores», en cambio, ven en él «un documento inestimable». ¿Pero qué piensan los «curas nuevos»?

De éstos es de quienes más interesaría conocer su opinión. El padre *Arias* acaba de darnos en *Pueblo*, en una entrevista celebrada con el excelente sacerdote y periodista *don Cipriano Calderón* —que es buen testigo de estas nuevas generaciones de clérigos—, una visión de los nuevos curas, realista, noble y optimista, que es radicalmente opuesta a la que da *Michel de Saint-Pierre* en su discutido libro. Y ese testimonio sacerdotal es el mejor exponente de lo equivocado, en líneas generales, del empeño de este católico burgués —y lo digo sin malicia— que trabajó como obrero un tiempo de su vida, y que escribió esta obra, sin duda, de buena fe, como lo reconoce alguna alta autoridad romana.

Un valor estable...



¿Desea obtener la mejor calidad por su dinero? Exija al efectuar su compra de tejidos la presencia de la etiqueta FELISOL, signo invariable de que sus colores son de máxima solidez. Con FELISOL, hay seguridad.

FELISOL
Emblema internacional para los
tejidos de colores sólidos.

**Un maravilloso
chorro de
agua**



**BOMBA
PRAT**

BADALONA - BARCELONA - PALENCA - ZARAGOZA - SEVILLA - MADRID - BILBAO - LA CORUÑA